

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE
RECTORIA**

**PALABRAS DEL RECTOR, DR. PEDRO PABLO ROSSO R., CON MOTIVO
DE LOS 20 AÑOS DE LA VISITA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II
A LA UNIVERSIDAD**

**Salón de Honor
Santiago, 3 de Abril de 2007**

Señoras y señores:

En un día como hoy, hace 20 años, visitó nuestra Universidad el Santo Padre Juan Pablo II, para saludar a su comunidad universitaria y sostener un encuentro con representantes del mundo de la cultura, de las ciencias y de las artes y con los “constructores de la sociedad”.

Fue una jornada inolvidable, tanto por su singularidad y ambiente festivo, como por la profundidad y alcances del discurso papal. En él Su Santidad nos invitó “a proseguir en la consecución de los objetivos propios de una Universidad católica: calidad, competencia científica y profesional; investigación de la verdad al servicio de todos; formación de las personas en un clima de concepción integral del ser humano -con rigor científico, y con una visión cristiana del hombre, de la vida, de la sociedad, de los valores morales y religiosos- y participación en la misión de la Iglesia en favor de la cultura.”

Con el pasar de los años, iríamos descubriendo que esas palabras manifestaban una visión de la educación superior de enorme originalidad y riqueza. Como diría el mismo Juan Pablo II en otro encuentro con universitarios: “la Iglesia no tiene un proyecto definido de universidad o de sociedad, pero tiene en cambio un proyecto de humanidad”.

A ese “proyecto de humanidad” nos convocaba hace veinte años el Santo Padre, invitándonos a una renovación profunda de nuestra forma de concebir y vivir la Universidad.

Clave de ese ideario era la convicción del Papa Wojtyla de que “(la universidad es)...una de las pocas instituciones que en la sociedad contemporánea, junto con la Iglesia, es capaz de defender al hombre por lo que es;[...] sin otra razón que la especial dignidad que posee y que lo hace merecedor de ser estimado por sí mismo”.

A la consideración anterior agregaría otra “más profunda y universal, y es la pasión, que comparten la Universidad y la Iglesia, por la verdad y por el hombre; más precisamente: por la verdad del hombre”.

Por último, el Santo Padre manifestará que la Iglesia necesita de la universidad “para que su fe pueda encarnarse y hacerse cultura”.

Pero para “humanizar” las culturas, es decir hacerlas más respetuosas de la dignidad de las personas, es necesario que las universidades eduquen a los jóvenes de una manera distinta, que rebasando los márgenes de la mera instrucción y capacitación profesional, les permita crecer y desarrollarse como personas. Es decir, que puedan acrecentar el ser más que el tener...

Para ese fin las universidades deben esmerarse, en primer término, por cultivar un espíritu comunitario, estar permanentemente abiertas al diálogo y ser servidoras incondicionales de la verdad.

Sobre esas bases el Santo Padre Juan Pablo II convocó a las universidades a construir "un nuevo humanismo, abierto a la trascendencia y a sus valores, que son los que representan su fundamento más seguro".

Aclarando que "el humanismo que deseamos promueve una visión de la sociedad centrada en la persona humana y en sus derechos inalienables, en los valores de la justicia y de la paz, en una correcta relación entre personas, sociedad y Estado, y en la lógica de la solidaridad y de la subsidiaridad".

Esos grandes lineamientos constituyen hoy los ejes de nuestro proyecto de desarrollo institucional e inspiran cada una de las acciones que hemos emprendido, buscando profundizar nuestra identidad católica, perfeccionar nuestros programas de estudio, fortalecer el sentido comunitario, ampliar nuestra capacidad de realizar investigación al más alto nivel y hacer más eficaz nuestro servicio a la sociedad chilena y a la Iglesia.

Sin duda, ese es el mejor homenaje que podemos rendir a uno de los grandes papas de la historia. Magno por la profundidad de su pensamiento, magno por su carisma profético y magno por su capacidad de transmitir a la humanidad entera la experiencia gozosa de un amor incondicional a Cristo y a su Iglesia. Un amor que manifestó en su dimensión de sufrimiento oblativo durante los últimos meses de su vida.

Al iniciar esta solemne conmemoración, la primera de una serie que se extenderá a lo largo del presente año, pedimos al Señor que por mediación de su Madre Santísima, a quien Juan Pablo II consagró su pontificado, que nos de la Gracia de perseverar en nuestros esfuerzos de ser una mejor Universidad para servir mejor y, de esta manera, ser fieles guardianes del legado espiritual de Juan Pablo II.

Muchas gracias.